

Esto lo cambia todo: crisis, guerra y disputas geocapitalistas

Humberto Márquez Covarrubias

En el incesante desarrollo del capitalismo sólo nos asiste una certeza: el mundo está cambiando y continuará cambiando más; pero, con todo, sigue conservando su lógica interna vertebrada por el despliegue del capital y sus múltiples ramificaciones que la sustentan. De manera estruendosa, las placas tectónicas de la geografía económica y política mundial se han estado moviendo y sin duda presagian grandes ajustes en el orden económico del capitalismo mundial. Así lo anuncian diversos factores como la crisis mundial detonada por la pandemia de covid-19, la recesión económica, la invasión de Rusia en Ucrania, la espiral de inflación, el uso de la energía como arma y la confrontación entre Estados Unidos y China.

La economía convencional designa como globalización a la expansión del comercio y los flujos de capital que se desplazan libremente a través de las fronteras, un fenómeno desplegado desde principios de la década de 1980, como parte de las reformas estructurales neoliberales y el comando hegemónico de Estados Unidos y sus aliados en el último tramo de la Guerra Fría (1947-1991), y que con la caída del muro de Berlín (1989) y del bloque soviético (1991) instaurará su égida a escala planetaria, la de un capital sin fronteras y un mercado total. Pero el fenómeno de la globalización nos remite a etapas previas, cuando menos a la expansión capitalista dirigida por Gran Bretaña, el periodo de repliegue de entreguerras y el alza del proteccionismo y la autarquía, y el relanzamiento de la globalización neoliberal comandada por Estados Unidos. Actualmente, se verifica un repliegue de

la globalización con las disputas geoeconómicas y geopolíticas, aunado a la reconfiguración de bloques de poder económico-político-militar.

Pero en el tercer decenio del siglo XXI todo parece indicar que la globalización neoliberal, como la conocemos, estaría llegando a su fin. La gestación de una eventual «segunda guerra fría» cuando menos supone la confrontación entre los dos grandes bloques de poder: por una parte, se ubica, a la defensiva, el hegemon Estados Unidos y sus aliados (Unión Europea, Gran Bretaña, Japón, Australia) y, por la otra parte, la potencia emergente China y sus aliados (Rusia, India, Irán, entre otros). Sin embargo, ya no se trata de la confrontación político-ideológica entre el capitalismo y el comunismo, sino entre dos variedades de capitalismo: un capitalismo liberal imperialista frente a un capitalismo de Estado. Ambos son proyectos capitalistas e imperialistas, con soporte tecnológico y militar, que se disputan la hegemonía mundial.

Algunos síntomas advierten que se avecina un cambio hacia un mundo multipolar: ninguna potencia económica o ni siquiera un bloque de poder imperialista del G7 dominará los principales flujos de capital (comercio, inversión, moneda). En ese marco se esgrime la tesis de la disputa geopolítica por la hegemonía de la economía mundial entre la potencia madura (Estados Unidos) y la potencia emergente (China). Ambos conforman bloques de poder con aliados estratégicos. La disputa se libra palmo a palmo.

Hegemonía del dólar y desdolarización relativa

La economía mundial ha estado operando bajo la hegemonía internacional del dólar desde los acuerdos de Bretton Woods, los petrodólares y la globalización. El poder económico estadounidense se basa, entre otros

factores, en la égida del dólar. El dólar funge como la única moneda que campea en el mercado mundial porque está dotada de los atributos de alta convertibilidad y cumple con el papel de reserva internacional, patrón de medida de todas las mercancías, divisa para las transacciones entre países y moneda regular en economías dolarizadas.

Pese a todo, la hipótesis en curso es que se avecina un proceso de desdolarización paulatina de la economía mundial ante la desvalorización del dólar frente a otras monedas, el reemplazo del dólar por el oro o el yuan en funciones de reserva, la pérdida de hegemonía del dólar en el sistema de pagos internacionales en algunas regiones, el surgimiento de sistemas de pagos alternativos en Rusia y el uso de otras divisas como el yuan o rublo en el comercio entre países que buscan formar un bloque monetario alterno, donde participan Rusia, China, India, Brasil, Emiratos Árabes, más los que se vayan sumando.

Las bases de sustentación del dólar no responden a cuestiones meramente subjetivas, como las esgrimidas por analistas convencionales y reportes de prensa que enfatizan factores como la confianza en una moneda fuerte o el liderazgo político de un presidente, sino a determinaciones objetivas, como la hegemonía de Estados Unidos en la economía mundial y, en correspondencia, la imposición del dólar como la moneda de reserva, medio de pago y patrón de cotización de otras mercancías; además del influjo de los organismos financieros internacionales auspiciados mayormente por Estados Unidos (Fondo Monetario Internacional, FMI, y Banco Mundial, BM) que refuerzan esa hegemonía monetaria, sin omitir, por supuesto, la supremacía del ejército estadounidense que apuntala, para todo efecto práctico, la égida del dólar y, en general, de los intereses económicos de los grandes capitales del capitalismo euroestadounidense.

Pese a los malos augurios, el dólar estadounidense y, en menor medida, el euro siguen siendo aún las divisas dominantes en los pagos internacionales. En el mercado de divisas el dólar representa 88%, en el sistema de pagos internacionales —la Sociedad para las Comunicaciones Interbancarias y Financieras Mundiales (SWIFT, por sus siglas en inglés)— 42% y en las reservas mundiales 58.36%.

La moneda de reemplazo, el renminbi o yuan chino, todavía no es el puntal comercial internacional debido a que no tiene gran participación como moneda de cambio ni de reserva y entre sus limitaciones actuales está que carece, como es el caso del dólar, de libre convertibilidad y no se asocia con deuda pública, como los bonos del Tesoro. Sin embargo, una de las expresiones del cambio es una paulatina desdolarización de la economía mundial o, mejor dicho, la continuada dolarización en el bloque euroestadounidense y asociados, y su contrapartida, la sustitución del dólar por monedas como el renminbi (yuan), rublo, rupias y otras en el bloque antagonista sino-ruso.

La desdolarización es un proceso en ciernes y no es un movimiento abrupto. La reducción del papel del dólar como moneda de reserva ocurre de manera paulatina cuando es sustituida por el oro u otras monedas fuertes, como el renminbi. Sin embargo, se verifica una tendencia hacia la fragmentación de las reservas de divisas, pero no en pos de una fragmentación económica entre Occidente y Oriente. Persiste una segmentación de las monedas en el nivel mundial, las de mayor fortaleza son el dólar, el euro, la libra y el yen, además del dólar canadiense, el dólar australiano, el renminbi, el won, el dólar de Singapur y la corona sueca.

No se puede soslayar que China, junto a Japón, es uno de los grandes tenedores de deuda pública estadounidense; asimismo, que China tiene en

sus arcas grandes cantidades de dólares como reservas, por lo que, paradójicamente, la desvalorización del dólar puede afectar sus propios intereses.

Carrera y guerra tecnológica

En la cuarta ola científica-tecnológica el núcleo del progreso tecnológico mundial se concentra en unos cuantos polos de innovación asentados en pocos países de América del Norte, Europa occidental y Asia oriental. La mayor parte se ubica en el bloque hegemónico, pero también en China y en menor medida en India y Brasil. De los 30 principales núcleos tecnológicos metropolitanos, que representan 69% de las patentes y 49% de la actividad científica, la mayoría está en China, Alemania, Japón, Corea y Estados Unidos (Jewell, 2019).

Se trata de centros metropolitanos que alimentan a las redes mundiales de innovación con tecnología digital que facilitan los flujos de información. Son espacios donde se aglomeran los trabajadores, la infraestructura y los recursos, donde se concentran los proyectos de innovación y desarrollo. Además, en esas demarcaciones se asientan las casas matrices del capital multinacional que controla las cadenas de valor global que orquestan las funciones de innovación y desarrollo (I+D) que se diseminan en redes de valor mundiales de innovación.

Control de la industria «inteligente»

En el ámbito industrial, los capitales despliegan una sorda competencia internacional en varios planos, pero uno de los más llamativos es el capital industrial digital, que se manifiesta como una extracción y procesamiento

de datos con aplicaciones en distintas plataformas industriales y de servicios. La disputa se libra por el control estratégico de la cadena de valor de las industrias digitales, particularmente de la industria de los semiconductores, que funge como el «cerebro» de los productos manufacturados de alta gama, donde el grueso del mayor valor agregado se ubica en el diseño y no en la manufactura.

La nueva oleada científica-tecnológica se representa como una sinécdoque, en la que la figura retórica se construye con la representación del todo por una de sus partes. Al respecto, los semiconductores obran como el «cerebro» de productos manufactureros «inteligentes» y le imprimen su sello distintivo a la industria «inteligente» y a los componentes y aplicaciones «inteligentes», desde lavadoras hasta aeronaves, y esta peculiaridad se exacerba con los semiconductores de vanguardia o de nueva generación que soportan la emergencia y desarrollo de la inteligencia artificial (IA) y de las computadoras cuánticas.

En la frenética carrera por la generación de semiconductores de nueva generación, como los microchips de alto rendimiento, los chips de 3 nanómetros para la IA y la computación cuántica, se impulsan estrategias para la concentración de capital e innovación en pocos países, pocas ciudades, pocas ramas industriales y pocas empresas.

La carrera tecnológica de nueva generación es apuntalada por guerras tecnológicas, particularmente en pos del dominio de las cadenas de valor de las industrias estratégicas. Ejemplo de ello es el corte del suministro de sensores críticos y estratégicos para China que ha sido orquestado por Estados Unidos y sus aliados. Con el afán de controlar la cadena de valor de producción y suministro de microchips se promueve la Alianza Chip 4 formada por Estados Unidos, Corea del Sur, Japón y

Taiwán para bloquear el suministro de semiconductores críticos de esos países a China, o el bloqueo a la proveeduría de semiconductores producidos con impresora 3D de la empresa holandesa ASML a China. El cometido es afianzar un control geopolítico de las cadenas estratégicas de valor de la industria de vanguardia.

Guerras comerciales y bloques geoeconómicos

Las corporaciones multinacionales con sede en las dos grandes potencias mundiales y sus principales aliados encabezan la frenética carrera tecnológica, pero no pueden hacerlo sin el soporte de sus respectivos Estados, quienes establecen disputas geopolíticas y orquestan «guerras» en los planos tecnológico, comercial y de inversión.

Para romper las cadenas de producción chinas el gobierno estadounidense implementa una política de subvenciones con el propósito de incentivar la relocalización de industrias ubicadas en aquel país y atraerlas a Estados Unidos o a regiones cercanas, como México por vía del *nearshoring*, la típica estrategia corporativa de subcontratar partes o todo el proceso productivo en terceros países cercanos con menores costos laborales y facilidades logísticas. La Ley de Reducción de la Inflación promulgada en Estados Unidos es un plan para impulsar la industrialización en la región de Norteamérica y contiene ingentes cantidades de dólares para subvencionar a las industrias que acepten este programa de relocalización de industrias clave. Con ello se busca que las industrias alojadas en China y otras regiones del mundo se instalen en las proximidades de Estados Unidos o en su propio territorio.

Con las guerras comerciales implementadas alternativamente por las grandes potencias y sus bloques económicos se imponen medidas que

contravienen el libre comercio con el fin de imponer sus intereses geoeconómicos. Entre otras, se erigen barreras arancelarias, se imponen sanciones y se elaboran listas negras arguyendo razones de Estado (como el precepto de seguridad nacional), todo en aras de apuntalar la competitividad de sus empresas. El detonador ha sido la imposición de aranceles a los productos chinos por Estados Unidos, pero esto afecta a los propios intereses estadounidenses, como la importación de determinados productos, las inversiones estadounidenses en aquel país, entre otros.

En el emergente mundo multipolar, las disputas se multiplican. Una de las más conspicuas es la batalla por el petróleo entre Estados Unidos y la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP+), que aglutina a los países exportadores de petróleo y a Rusia, entre cuyos escenarios siempre se encuentra la guerra comercial, bajo la forma de recortes a la producción y, consecuentemente, a la oferta mundial con impactos alcistas en las cotizaciones internacionales. En respuesta, Estados Unidos se ve forzado a sacar al mercado partes significativas de sus reservas estratégicas de petróleo y sostener el precio del petróleo en los márgenes requeridos, pero ello supone la necesidad de volver a rellenar sus reservas petroleras y así sucesivamente.

Macroestatalidad

El Estado no es una cosa o una institución suprema, sino que se trata de una relación de poder, una estructura de dominación que se puede modular entre la violencia y el consenso, entre los dominantes y los subalternos. En la esfera mundial, la proyección del poder político de los Estados centrales toma la forma de un sistema de Estados coaligados que buscan imponer sus intereses allende las fronteras, en terceros países.

El Estado estadounidense tiene la peculiaridad de encarnar al hegemón mundial, la potencia imperialista. En su configuración se desdobra con una forma republicana de democracia liberal representativa hacia adentro y una potencia militar intervencionista hacia afuera. Pero no marcha solo, para ello ha requerido de la formación de un bloque de Estados que pretenden ejercer el gobierno a escala mundial. Por ejemplo, en el grupo de los 7 (G7), formado por Estados Unidos, Canadá, Alemania, Francia, Italia, Japón y Reino Unido, además de la Unión Europea como tal, se busca articular a las siete potencias capitalistas occidentales que refrendan el papel de hegemón de Estados Unidos. Desde ese tipo de foros políticos los aliados pretenden dictar las políticas económicas, militares, culturales y tecnológicas. No son meras intenciones, para ello detentan el control de instituciones clave, como el FMI y el BM, entre otros organismos internacionales.

Para que una potencia económica haga valer sus intereses en el sistema mundial no basta con disponer de un conglomerado de grandes capitales altamente productivos y con soporte científico-tecnológico, también requiere erigirse como potencia militar. En ese sentido, la supremacía militar estadounidense y su influjo en regiones estratégicas del mundo, donde destaca la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), que funge como el poder militar de Estados Unidos en Europa.

En las diversas alianzas hay puentes de coincidencia política, cultural e ideológica que puede referirse a la denominada anglosfera, en alusión a los países de habla inglesa con relaciones económicas, políticas, sociales, culturales, militares y diplomáticas, particularmente Estados Unidos, Canadá, Reino Unido, Australia y Nueva Zelanda. Estos países tienen diversas alianzas geopolíticas, como la alianza de inteligencia Cinco Ojos, la alianza

estratégica militar AUKUS, la alianza económica CANZUK, la alianza de inteligencia UKUSA y la alianza de seguridad ANZUS.

La disputa por la hegemonía mundial abre, sin embargo, un escenario de multipolaridad y confrontación de dos grandes bloques de poder en el teatro mundial, que pone en predicamento, en varios planos y niveles, el papel del hegemón y de sus alianzas geopolíticas.

Militarización

La amenaza de la «tercera guerra mundial» tiene su teatro de operaciones en el despliegue de la guerra en Ucrania, donde los dos bloques de poder intervienen de manera indirecta con provisión de armamento, diplomacia, inteligencia, propaganda y campañas mediáticas. Resueltamente, la OTAN está atrás de Ucrania y busca expandir su frontera hacia el este europeo, con la incorporación de nuevos miembros, a sabiendas de que esa alianza militar funciona como la estrategia de expansión estadounidense dentro de Europa y como factor de contención del bloque sino-ruso. Del lado de China y aliados, el despliegue militar es más discreto, sobre todo en la esfera económica y política, sino fuera porque Rusia busca conquistar territorios para anexarse a Crimea.

El espectro de la guerra es complejo, no sólo se trata de una guerra convencional sobre el territorio entre tropas con armamento de alto poder, sino también de guerras con dispositivos tecnológicos como drones, naves no tripuladas, armamento devastador, etcétera. Además, se complementa con guerras en el terreno comercial, tecnológico, mediático y cognitivo, donde se busca demonizar al enemigo.

No obstante la variedad de manifestaciones de la guerra y de que se esgrimen diversas causalidades, la mayoría tiene como sustrato motivaciones

económicas, es decir, capitalistas. En un nivel más amplificado, la guerra se libra sin cuartel en la esfera económica, con soporte tecnológico y militar.

El punto clave es que en el espectro mundial Estados Unidos aparece como la potencia amenazada y en esas condiciones se torna más peligrosa, aún cuando intenta aparentar precaución haciendo las veces de líder mundial. No se puede desestimar que la supremacía económica de Estados Unidos está sustentada en el hecho irrefutable de que es la principal potencia militar, dotada de un impresionante arsenal de armas atómicas y, en general, una enorme capacidad de destrucción militar, lo cual hace que la economía estadounidense opere como una economía de guerra permanente. No en balde el presupuesto militar anual de ese país asciende a la estratosférica cifra de 800 mil millones de dólares anuales, la cual representa 80% del presupuesto de defensa en el nivel mundial, aunque esa proporción no es del todo certera, dado que los recursos que China destina para ese rubro no son del todo conocidos.

El carácter permanente de una economía de guerra deviene del hecho de que se implementan políticas, programas y estrategias para prepararse continuamente para la guerra a efecto de evitarla o hacer la guerra invocando una estrategia preventiva o emprender la guerra bajo el pretexto de combatir enemigos inventados o hacer la guerra para generar unidad interna y reactivar la economía han sido estrategias militares que mantienen viva su presencia a escala mundial. Cualquier motivo es suficiente para endurecer el posicionamiento militar. Por ejemplo, al amparo de la Ley Patriótica, que arguye motivos de seguridad nacional, el imperio se arroga el derecho de invasión bajo la argucia de combatir el terrorismo, como sucedió en Irak y Afganistán.

Nuevo imperialismo, viejas prácticas

Los dispositivos de dominación imperialista son, por demás, intrincados en tanto que mueven los hilos de la economía, la política, la diplomacia, la inteligencia y la guerra. En el largo plazo, los instrumentos geoeconómicos han sido cruciales, cuando menos desde la segunda posguerra mundial que entronizó a Estados Unidos como hegemon y le permitió formalizar las instituciones derivadas de los acuerdos de Bretton Woods que asentaron los organismos financieros internacionales y la égida del dólar.

La base de sustentación de la proyección del poder político de los Estados coaligados y de las corporaciones capitalistas es, ha sido, el poder militar, como también lo es para sus contrapartes. En esa lógica se articulan los bloques militares para proyectar sus intereses económicos y políticos. La supremacía del Ejército de Estados Unidos se extiende a escala mundial y se proyecta mediante la OTAN, lo que le permite tener bases militares en los países aliados y flotas navales en aguas internacionales. Con el afán de establecer un control sobre la región biogeográfica del Indo-Pacífico, Estados Unidos creó el Pacto AUKUS, cuyo nombre son las siglas en inglés de los nombres de los países coaligados Australia, Reino Unido y Estados Unidos para plantar un frente de corte militar contra China. Otro ejemplo es la Iniciativa Cinco Ojos, una alianza de inteligencia y espionaje entre Estados Unidos, Australia, Canadá, Nueva Zelanda y Reino Unido que toma como soporte operativo la operación conjunta en inteligencia de señales.

La asunción de la «nueva cortina de hierro» significa una ampliación de las fronteras territoriales de la OTAN y su mayor proximidad a Rusia mediante el despliegue de una estrategia militar ante la supuesta amenaza sino-rusa en Europa occidental, que abre la puerta a nuevos miembros

Europeos al tratado. Los planes de defensa militar de largo plazo suponen la expansión hacia el flanco oriental en el Báltico. En términos prácticos esto significa el despliegue de tropas, barcos y aviones de la OTAN, tomando como ariete la presencia militar de Estados Unidos en Polonia; además de la provisión de armamento militar para reforzar a Ucrania, inmersa en la guerra, y la expectativa de grandes negocios en las venideras tareas de reconstrucción. En conjunto, se trata de una política de defensa militar colectiva en los planos terrestre, marítimo, aéreo y cibernético.

Mientras tanto, en el continente americano prevalece la decimonónica doctrina Monroe: «América para los americanos», en la que los americanos son los estadounidenses. Pero los afanes imperialistas en el subcontinente se hacen extensivos, cuando menos, a las otras potencias, si se toma en consideración que Estados Unidos, China y la Unión Europea se están disputando el control de las reservas estratégicas de materias primas críticas para economías complejas que pretenden realizar la reconversión energética y tecnológica y utilizar a las economías simples mediante el extractivismo de recursos naturales, como meras proveedoras de esos recursos estratégicos, como el litio, para establecer el control sobre las cadenas globales de suministro para las «tecnologías verdes».

No es de extrañar que la jefa del Comando Sur de Estados Unidos, Laura Richardson, se refiriera a América Latina como su «patio trasero» y que dijera que el litio es de ellos, arguyendo motivos de «seguridad nacional» y planteando un dique de contención a las pretensiones igualmente imperialistas de potencias europeas y a la propia China. En todo caso, las economías periféricas asumen un papel pasivo como asociadas a los bloques económicos para proveerles los recursos naturales clave como el litio, el agua dulce y el petróleo.

China

El punto neurálgico de los cambios mundiales asociados a las tensiones geopolíticas está ubicado, evidentemente, en China. Como sucede con las grandes potencias mundiales, su estrategia se desdobra en dos planos: hacia adentro emprende un proyecto autodenominado «socialismo moderno», con rasgos autoritarios; y hacia afuera proyecta sus intereses bajo pautas de un nuevo imperialismo semejante al estadounidense, pero con importantes variantes.

El punto clave ha sido la incorporación de China a la economía mundial bajo las reglas mercantiles del capitalismo occidental. El denominado «socialismo con características chinas» dio un viraje estratégico cuando China se incorporó a la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 2001, lo cual reorientó la división global del trabajo hacia ese país que generó una impresionante sobreoferta de trabajo barato, una entrega incondicional de recursos naturales y la dotación suficiente de infraestructura, todo lo cual favoreció la expansión de cadenas globales de valor hacia esa región del mundo.

La pieza clave es el Estado chino que, de manera paralela a su incursión en el mercado mundial, adopta un cariz centralista, autoritario y emprendedor para fraguar una peculiar modalidad de capitalismo de Estado. Hacia adentro gira en torno a un Ejecutivo caudillista que funge como el poder de los poderes (legislativo, judicial, militar y empresarial). Hacia afuera se despliega como una potencia económica en ascenso que presenta estrategias propias del nuevo imperialismo en aras de conquistar reservas territoriales dotadas de yacimientos ricos en materias primas, además de invertir en infraestructura estratégica, colocar préstamos y exportar mercancías.

El modelo chino se presenta a sí mismo como un «socialismo con características chinas», pero a todas luces no es comunismo sino un capitalismo de Estado, en el que el Estado funge como el principal capital en funciones y ejerce un control centralizado de los capitales privados. De manera concomitante, alza sus alas para cubrir grandes porciones del planeta con estrategias propias de un nuevo imperialismo. En remembranza a la legendaria ruta comercial, China desdobra la estrategia «Un cinturón, una ruta», conocida como la nueva Ruta de la Seda con dos rutas, una terrestre y otra marítima, para vincularse con Europa, África y América Latina mediante flujos comerciales y de inversión, además de proyectos de infraestructura, como la construcción o modernización de puertos marítimos, que forman el denominado circuito del Collar de Perlas, para interconectarse y ganar mayor influencia. Asimismo, China ha escalado su papel financiero internacional, primero era un gran prestamista y ahora funge también como un rescatista, es decir, como un prestamista de última instancia en países periféricos endeudados para desarrollar proyectos de infraestructura estratégica en terceros países y tejer una red de puertos, vías férreas y carreteras. Esta política busca acrecentar el influjo de la Ruta de la Seda para configurar un nuevo sistema global de préstamos de rescate y con ello suplir, paulatinamente, al FMI y al BM.

Como todas las grandes potencias capitalistas, China refuerza el poderío del Ejército y despliega su estrategia militar de «defensa activa» de amplio espectro. El Ejército chino ha sido reorganizado y dotado de un poderoso arsenal balístico y nuclear para proyectarlo como un súper ejército de clase mundial que estaría listo no sólo para defenderse de amenazas sino para ganar guerras. En la actualidad, por la capacidad militar, China se ubica en el tercer lugar del *ranking* mundial. Uno de los mayores

focos de tensión de China en el plano militar es el conflicto latente con Taiwán y Hong Kong. Se han hecho más recurrentes las maniobras militares de las fuerzas armadas chinas alrededor de Taiwán, isla sobre la cual reclama el control de su soberanía.

China trabaja con sus propios aliados militares y comerciales. Con la Organización de Cooperación de Shanghái tiene el cometido de garantizar la seguridad en la región de Eurasia para contrarrestar las amenazas y generar un espacio comercial con la participación de China, Rusia, Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán y Uzbekistán, además de India, Pakistán e Irán.

Después de la pandemia de covid-19 se ha deteriorado el liderazgo mundial estadounidense; con la guerra de Rusia en Ucrania se han realineado los frentes militares en Europa y Asia; y con la expansión de los acuerdos comerciales, de inversión y crediticios, China incrementa su influjo económico-político. En suma, las disputas y conflictos están a la orden del día.

Los BRICS con características chinas

En el contexto de la Guerra Fría, entre 1945 y 1990 surgieron los «tigres del sudeste asiático» o los países de reciente industrialización (NIC, por sus siglas en inglés): Hong Kong, Singapur, Taiwán y Corea del Sur, que representaban la vía capitalista de la industrialización. Países que se industrializaron e insertaron al mercado mundial bajo la tutela de la gran potencia estadounidense. Estos países representaron la modalidad de las economías emergentes.

En la actualidad, el segmento de las economías emergentes se ubica en el otro polo y está formada por los BRICS, sigla que agrupa a Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica, luego de que se tomara nota de que estas economías en los 2000 reportaron altas tasas de crecimiento económico durante

un periodo largo. Es de llamar la atención que para 2020 las economías emergentes de los BRICS alcanzaron y superaron al G7, conformado por Estados Unidos, Canadá, Japón, Reino Unido, Alemania, Francia e Italia, al menos en lo que respecta a la contribución en el producto interno bruto (PIB) mundial. Los BRICS aportaron 31.5% del PIB mundial y el G7 sólo 30.7% en paridad de poder adquisitivo. En ese punto el factor explicativo no es tanto el esfuerzo conjunto de las economías emergentes, sino de manera específica el enorme empuje al bloque de la economía china que superó a su contraparte, la estadounidense.¹ Según diversos informes de organismos internacionales, en 2023 Estados Unidos vive bajo la amenaza de la recesión, que ha tenido su primera expresión en las crisis bancarias, en las que han quebrado instituciones financieras asociadas a las empresas tecnológicas digitales y a las criptomonedas (Silicon Valley Bank y Signature Bank), y a los manejos aciagos de las tasas de interés cuyas subidas no han logrado contener los rebrotes inflacionarios, mientras que China ha seguido creciendo.

En el juego por asumir un determinado control sobre los mercados internacionales de capital y dinero, en 2014 los BRICS fundaron el Nuevo Banco del Desarrollo (NDB, por sus siglas en inglés), como alternativa a los organismos financieros del Bretton Woods (Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial), que fungen como prestamistas de emergencia e imponen programas de ajuste y austeridad. Además del Acuerdo de Reserva de Contingencia (CRA, por sus siglas en inglés), creado con la intención de apoyar a los afiliados con problemas de liquidez para afrontar sus compromisos de pago.

¹ Richard Dias, consultor de Acorn Macro Consulting.

Las expectativas para la economía mundial, según el FMI, es que crecerá 3% hasta 2028, la perspectiva más débil en más de tres décadas; 75% del crecimiento mundial se concentrará en sólo 20 países y más de la mitad en sólo cuatro. En tal caso, China será la principal fuente de crecimiento de la economía mundial en los siguientes cinco años con 22.6%, duplicando a Estados Unidos con 11.3%, quien inclusive será superado por India con 12.9%, el cuarto será Indonesia con 3.6% (Tanzi, 2023).

Extractivismo y capital industrial digital

Desde los albores de la industrialización capitalista del siglo XVIII y hasta el capitalismo digitalizado del siglo XXI, la necesidad de provisión de energía de combustibles fósiles ha crecido sin reposo para garantizar la expansión de la acumulación y aumentar la productividad. Casi la totalidad de los dispositivos tecnológicos engendrados desde la primera revolución industrial han requerido de la energía fósil para funcionar.

Pero no sólo eso, el llamado extractivismo ha acompañado el desarrollo industrial y el crecimiento económico concomitante de los últimos dos siglos y medio de vigencia del modo de producción capitalista. Se ha requerido un incesante saqueo de yacimientos de todo tipo de recursos naturales, de la concentración y exportación de materia prima a largas distancias y el almacenamiento de grandes cantidades de energía. La importancia relativa de los recursos naturales ha seguido el trazo, por ejemplo, de los metales preciosos, los metales industriales y los minerales críticos o las tierras raras. Se trata del suministro de energía muy densa sustraída de emplazamientos territoriales finitos. Sin embargo, la mayoría de los grandes depósitos de petróleo y gas (teoría del pico de Hubbert) ha superado sus niveles máximos

de producción, pero también los grandes yacimientos minerales, lo cual ha propiciado que ya no se extraiga materia prima de vetas, sino que se necesita pulverizar grandes rocas con tecnología más potente. En este cuadro aflora un problema de escasez relativa de determinados recursos naturales y una disputa feroz por apropiarse de las reservas territoriales dotadas con los minerales estratégicos. Con todo, la depredación de los recursos naturales ha saboteado a los ecosistemas y ha generado fenómenos como el calentamiento global. No sólo se vulnera la capacidad de regeneración de la naturaleza, sino que se destruye de manera definitiva.

En la incesante expansión de las fronteras territoriales del capital sobre un planeta finito, las economías menos desarrolladas se han supeditado para especializarse en la exportación de materias primas y estar condenadas al atraso. En la disputa por recursos energéticos, minerales y otros bienes naturales, los países del tercer mundo son objeto de disputa por las grandes potencias (Estados Unidos, Canadá, Alemania, China), que renuevan el mito del desarrollo basado en el extractivismo secular de sus territorios. La tónica del extractivismo actual es la de garantizar el suministro de materias primas compuestas por minerales críticos y estratégicos que reclama la industria, orquestada por mecanismos digitales y virtuales, y el proyecto de reconversión energética basado en la electricidad para sustentar la electromovilidad y la tecnología digital desbordante.

Es paradójico que el extractivismo subyacente a la burbuja digital tenga como correlato un extractivismo de nuevo tipo referente a la órbita digital basado en la extracción de datos, donde los datos son las materias primas, las cuales son apropiadas, almacenadas, clasificadas y mercantilizadas. Pero la burbuja digital no puede prescindir de la materialidad terrenal que, en última instancia, la sustenta, en la que el punto clave es el

control de la cadena de producción y la extracción de elementos puros y dopados, como el silicio y otros elementos de la tabla periódica.

Reyertas tecnogeopolíticas

La geopolítica adquiere tonalidades más sofisticadas con la implementación de la guerra tecnológica, máxime en la era digital, una de cuyas ramas es la «tecnogeopolítica», es decir, el manejo de datos para controlar la vida pública y privada. El dominio imperialista de la comunicación civil modifica la relación entre Estados, empresas, trabajadores e individuos.

En tecnología digital China se ha colocado a la vanguardia con la empresa Huawei y la tecnología 5G que amplifica el poder del internet de las cosas, los autos y las ciudades inteligentes con sistemas de transporte, red de energía, agua y otros elementos controlados vía internet.

El control de la comunicación móvil se ha tornado tan importante debido al enorme volumen de datos que se genera con el uso masivo de internet y de los dispositivos móviles. Los teléfonos inteligentes son uno de los bienes emblemáticos y codiciados por empresas y el Estado, y en consecuencia controlar los servidores es crucial. Estados Unidos ha desatado una guerra comercial contra el uso de la tecnología 5G por Huawei, a la cual acusa de espionaje. Sin embargo, en esa reyerta omite, por ejemplo, que Estados Unidos ha utilizado el internet para «recolectar» datos por instancias como la Agencia de Seguridad Nacional para espiar mandatarios y empresas estratégicas en el plano internacional, según las revelaciones del consultor tecnológico estadounidense Edward Snowden.

No en balde se formó la alianza Cinco Ojos, integrada por Canadá, Australia, Reino Unido, Nueva Zelanda y Estados Unidos, para poner en la mira

a China y sus empresas tecnológicas digitales. En su momento, el presidente estadounidense Donald Trump utilizó el término de «cortina de hierro digital», en remembranza al término usado en tiempos de la Guerra Fría contra la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), pero en este caso para confrontar a un nuevo enemigo, China.

En estas condiciones de abierta confrontación, cabe la posibilidad de que se configuren dos grandes esferas tecnológicas que dividan al mundo, en cada una de ellas la gran potencia de referencia (Estados Unidos o China) asumiría el dominio en sus respectivas áreas de influencia. Una partición geotecnológica supondría otra fractura más a la economía mundial como un todo y en particular a las cadenas de valor global que se diseminan por el orbe, por añadidura significarían cortocircuitos en el espectro de la conectividad a escala mundial.

De la misma manera, para las potencias en disputa resulta crucial establecer un control geopolítico sobre el tejido de las cadenas de valor global estratégicas, en particular sobre aquellas que se colocan en la punta de la cresta de la cuarta oleada científica-tecnológica en curso, propia de la esfera digital, virtual y energética, lo cual incluye a la producción de los microprocesadores informáticos de alto rendimiento (chips), las computadoras, las baterías, el *software* y los algoritmos resguardados por derechos de propiedad intelectual.

El escenario de tensión geoestratégico incluye el capítulo de la ciberseguridad, es decir, la defensa ante ciberataques contra gobiernos, empresas e infraestructura, pero también su parte ofensiva que se expresa en el espionaje desenfrenado sobre países, gobiernos, empresas y líderes políticos.

No se puede obviar que, en la era del capital digital, cualquier nueva tecnología que se puede emplear con fines civiles a través del mercado tiene su origen en los desarrollos y aplicaciones militares o que también se

puede usar para sus fines. De manera señalada, esa ha sido la historia de la computación, el internet y los drones, entre otras modalidades. El internet fue creado en la década de 1980 como un sistema interno del Pentágono, que operaba puertas adentro, en el edificio del Departamento de Defensa; a la postre se diseminó y se instaló en el mercado mundial. En un proceso de ida y vuelta, al objetivo geopolítico de preservar la soberanía nacional y establecer la supremacía militar, que parecería corresponder a estrategias convencionales de control del territorio, la población y sus recursos, ahora se suma, de manera creciente, la necesidad de defender la soberanía tecnológica anclada en un ciberespacio que no conoce fronteras, aunque puede ser acotado, censurado, regulado y restringido.

Desglobalización

La globalización como un mercado total, un capital sin fronteras, parece resquebrajarse. Cuando menos por el proceso de fragmentación de la economía mundial en bloques que compiten entre sí capitaneados por sendas potencias capitalistas. Cada bloque busca acercar al resto del mundo a sus intereses económicos, políticos, tecnológicos, militares y culturales. Las dos grandes economías están liderando esta reconfiguración.

Se trata de una fragmentación y de una reagrupación en torno a dos grandes potencias, lo cual supondría una pérdida de hegemonía de Estados Unidos y una fragmentación del poder económico mundial, un fenómeno que no se verificaba desde el periodo de entreguerras de las décadas de 1920-1930. Esto reorienta el periodo de dominio global luego de la caída del bloque soviético en la década de 1990. Después de la Guerra Fría se instauró la globalización neoliberal orquestada por organismos internacionales

emanados de Bretton Woods (FMI y BM) que dictaban los términos del capital a interés mundial, aunado a la Organización Mundial del Comercio (OMC) que tutelaba el ascenso del comercio global.

Las respuestas han sido la intensificación de las medidas proteccionistas, el control del comercio, sobre todo de la tecnología, las sanciones contra empresas y países y el intento de revertir la globalización para que el capital invierta en lugares más favorables geopolíticamente (*reshoring* o *friendshoring*) y ya no en cualquier lugar del mundo, como ocurría con el *offshoring*. La retracción del capital sin fronteras en un mundo globalizado supone la configuración de un nuevo orden mundial operado a través no de una economía multipolar, pero sí de una economía mundial alineada en dos grandes bloques, con intensos intercambios de capital, inversión dentro de cada bloque y con menor intensidad fuera de ellos.

Las disputas geopolíticas por la economía política mundial reaniman los afanes imperialistas de las grandes potencias. Para ello se utilizan los consabidos instrumentos del imperialismo estadounidense: la conquista, defensa y control de territorios en guerra por potencias e intervención militar con o sin declaración de guerra, con nuevas tecnologías y con gran estridencia mediática, política y diplomática.

La geopolítica (la ciencia de la guerra) invariablemente busca la reconexión de los territorios mediante la política del poder que se proyecta sobre el nuevo control de espacios geográficos mediante la expansión del espacio soberano de otros Estados a través de la tierra, el aire, el mar y el ciberespacio. Esta acometida pretende acrecentar el poder económico y militar de las grandes potencias capitalistas y de sus aliados.

Simultáneamente, la geoeconomía buscaba establecer emplazamientos de empresas multinacionales, que configuraban cuasimonopolios, un

ejercicio del poder supranacional, el control de la infraestructura estratégica y el acceso a recursos clave.

Ahora, la geopolítica, si bien busca los mismos objetivos, no se trata de la confrontación entre el «Occidente democrático» y el «Oriente dictatorial», el «Occidente colectivo» y los países emergentes o de una política internacional democrática contra gobiernos autocráticos. Mucho menos supone una confrontación entre el Norte global y el Sur global, porque se da por descontado que el denominado Sur global (África, América Latina y países asiáticos y europeos periféricos) se tendrá que alinear a uno u otro bando del Norte global, con la ambigüedad de que China forma parte del supuesto Sur global.

La nueva división internacional del trabajo consustancial a la bifurcación de la economía mundial, en el marco de la expansión del capital digital, está reconfigurando, una vez más, a los centros y sus periferias. El resto del mundo, en tanto un tejido geoeconómico periférico es llamado a fungir como proveedor de materias primas críticas o estratégicas (por ejemplo, silicio para semiconductores, litio para baterías) de la industria de punta que se está fraguando en los principales centros económicos del orbe. En esa sintonía, el acaparamiento de tierras expande los monocultivos transgénicos de exportación para abastecer al sistema agroalimentario mundial. En contrapartida, las grandes sumas de capital dinerario a interés y la inversión de infraestructura productiva estratégica es provista por las potencias mundiales a las economías emergentes. Esta reconfiguración supone un enorme desafío para las periferias que, en términos genéricos, se perfila en las opciones de o alinearse a uno de los bloques de poder o negociar acuerdos con ambos o buscar una vía independiente.

En este marco convulso, en el que se busca formar un nuevo entramado económico-político mundial, sería iluso pensar que existe un mundo

interdependiente, donde unas regiones se complementan con otras, en un plano de igualdad, de asociados. Las grandes fuerzas geopolíticas y geoeconómicas exacerbaban la competencia, la disputa, el conflicto y la guerra.

Lejos quedó la presunción de que el capitalismo triunfante de principios de los 1990 arribaba a un fin de la historia cristalizado en la hegemonía estadounidense inamovible y sus vertederos de la democracia liberal, el libre mercado y el capitalismo total. Estamos en medio de un proceso de cambio, hacia un nuevo orden mundial, entre un «socialismo con características chinas» y un «capitalismo liberal democrático». Empero, no hay un solo factor propulsor del cambio, por ejemplo, una tecnología, una industria, un gobierno, un modelo de desarrollo, sino que es una conjunción de factores que interactúan en el capitalismo mundial sobre una plataforma en la cual se verifica una aceleración de acontecimientos.

Referencias

- Jewell, C. (2019). «La geografía de la innovación: núcleos locales, redes mundiales». *OMPI Revista*. Recuperado de https://www.wipo.int/wipo_magazine/es/2019/06/article_0001.html
- Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA) (2014). «Dividendo demográfico». Recuperado de <https://www.unfpa.org/es/dividendo-demografico#readmore-expand>
- Tanzi, A. (17 de abril de 2023). «FMI: China será principal fuente de crecimiento en los próximos cinco años». *Bloomberg*. Recuperado de <https://www.bloomberg.com/news/articles/2023-04-17/fmi-china-sera-principal-fuente-crecimiento-proximos-cinco-anos#xj4y7vzkg>